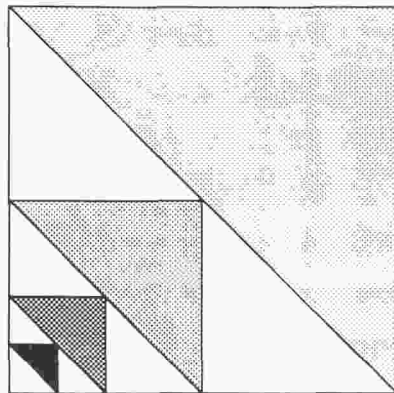


# Reseña de Libros





## Yo le digo una de las cosas: la colonización de la reserva de La Macarena

Alfredo Molano, Darío Fajardo, Julio Carrizosa y Fernando Rozo  
Bogotá, Fondo FEN Colombia y Corporación Araracuara, 1989, 261 páginas

Jacques Aprile-Gnisset

**A**ntes de hacer cualquier comentario en torno al libro de Molano y Fajardo necesitábamos situarlo; era preciso buscar su filiación, identificar su genealogía. Así descubrimos que la colonización parece ser uno de los temas más privilegiados de la historiografía colombiana reciente. De hecho, resulta que en nuestra modesta biblioteca doméstica encontramos cerca de veinte títulos abordando el tema de la colonización agraria. No obstante, la mayoría de los estudiosos enfocan la totalidad de la cuestión agraria y sólo en forma "lateral" dedican un fragmento a este ingrediente particular; este es el caso de Fals Borda, Bejarano, Kalmanovitz, Machado, Palacios, Gilhodes o Fajardo, entre otros.

Considerando la cronología, fueron tan precursoras como valiosas las escasas páginas que dedicó, en 1936, Antonio García al proceso territorial y social caldense y a los conflictos de propiedad de baldíos que iban multiplicándose en la región. Entonces estaba en su máxima tensión y aún sin resolver aquel litigio de Montenegro, que duró muchos años, enfrentando tres o cuatro latifundistas con centenas de colonos. (*Geografía Económica de Caldas*, Banco de la República, 1978).

Durante los años 60 y 70 la única referencia fue el libro, por cierto pionero de J. J. Parsons, sobre *La colonización antioqueña*, obra de un geógrafo que se impuso y pasó a ser el indiscutido clásico del tema de la colonización de tierras baldías de vertientes desde el siglo XIX. Este libro opacó todo lo anterior y dejaba muchas puertas abiertas para futuros investigadores. Desgraciadamente fue manoseado ideológicamente por la oligarquía de la montaña y explotado sin clemencia para fortalecer los mitos de "la raza" y de un supuesto igualitarismo democrático en el acceso a la tierra.

En estos mismos años pasaron casi desapercibidas cantidades de monografías locales y de cortas novelas regionales publicadas en las ciudades del viejo Caldas. En ellas desfila un abigarrado universo humano de arrieros, contrabandistas de tabaco o aguardiente, místeres, curas, truhanes, generales sin tropas ni guerras, cazadores de tigres, cadillos pueblerinos, supermachos con treinta hijos, hacheros y gUAQUEROS. En todas dominan los anecdota-

rios fútiles, una visión parroquial y el lenguaje pueblerino; a pesar de eso, una lectura cuidadosa permite, a veces, rescatar alguno que otro dato capital. *Quindío histórico*, de Alfonso Valencia, publicado en Armenia en 1964, es un arquetipo del género: monografía repleta de datos e informaciones de toda naturaleza, calidad y veracidad. Habría que agregar las monografías sobre pueblos desde Salamina hasta Manizales, Pereira y Sevilla en donde abundan fundadores y héroes de una historia idílica llena de "patricios", todos blancos y de "noble alcurnia".

Contra estas tesis y la "leyenda rosa", contra estas falsificaciones y adulteraciones, reaccionó vigorosamente Jorge Villegas en la década del 70, basándose en los documentos de archivos. Desafortunadamente, sus incursiones en el tema sólo dejaron unos textos fragmentarios esparcidos en revistas; sólo nos hacen lamentar que el autor no pudo llevar a cabo su proyecto (Revista de la Universidad Nacional, Medellín).

Por fin, de todo eso salió la necesidad de poner orden en la casa, elevar el asunto a su debido nivel y reflexionar. En este intento, un primer paso fue el texto de Darío Fajardo, *Violencia y Desarrollo* (Bogotá, 1979) en donde surgen los temas que otros recogerían luego la situación del colono como parte peculiar del campesinado, su papel en la lucha contra el latifundio, el ciclo migración-colonización-conflicto-migración que caracteriza el desarrollo territorial agrario de los últimos cien años, el rol del café en la guerra social campesina de los años 40-60; los primeros brotes de una conciencia política que llevaría luego a lo que se ha llamado la colonización armada, mediante las columnas de marcha hacia el oriente. Establece la filiación entre la colonización los conflictos de tierras que venían madurando desde el siglo pasado, y su ineludible estallido moderno.

El mismo autor, en *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia 1920-1980*, ensayo publicado en 1983, retoma en su dimensión histórica la cuestión agraria a lo largo de nuestro siglo, señalando la contradictoria política estatal relativa a las adjudicaciones de tierras baldías y a la dicotomía latifundio-minifundio que iba surgiendo de una distribución discriminatoria de concesiones, tema éste que venía desarrollando ampliamente Catherine Legrand.

Luego conocimos en 1983 el libro de Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, título que quizá generalice demasiado un estudio enfocando más que todo el proceso central caldense. Aunque se toque de manera marginal el tema de la colonización de baldíos, está presente en dos capítulos particularmente lúcidos y demoledores. El autor, igual que Villegas, y con base en materiales de archivos, destruye con cincuenta páginas corrosivas el edificio oficial construido por la ideología dominante alrededor de la colonización. De paso, salen muy mal librados ambos partidos, cayendo por igual azules y rojos.

En el capítulo VIII, archivos oficiales en mano, desmonta sin dificultad "la fábula de los baldíos", evidenciando que sirvieron para construir el latifundio republicano, llegando en ciertas regiones a ser mayor que aquel latifundio colonial que subsista en vísperas de la Independencia. El capítulo IX pone de relieve quiénes fueron los "ganadores y perdedores" en la contienda clasista entre especuladores latifundistas y el campesinado sin tierras. Se entiende por qué Palacios se ganó el odio de los "patricios" manizaleños, y más aún con su ensayo "El ensayo de los enigmas", introducción a uno de los libros de Néstor Tobón sobre arquitectura de colonización, publicado entonces por el Banco Cafetero. Texto éste que le valió el veto furioso de los apóstoles caldenses de "la raza" y de los que construyeron la leyenda rosa de la colonización antioqueña.

También del año de 1984 es el ensayo de Carlos Ortiz titulado *Fundadores y negociantes en la colonización del Quindío* publicado por la *Revista Lecturas de Economía* (Medellín). En este texto breve aporta nuevas piezas relativas a la colonización llevada a cabo por especuladores y empresarios y sobre la conformación de los latifundios modernos.

Es otra vez el Quindío que hace el objeto de la monografía de Jaime Lopera, publicada en 1986 por el Banco de la República, *La colonización del Quindío*, obra poco creativa y bastante repetitiva con un enfoque convencional que nos devuelve a la leyenda rosa y a Parsons y que, en definitiva, poco agrega a lo que sabíamos.

En 1986, la Universidad Nacional publicó *Oligarcas, campesinos y política en Colombia* del investigador canadiense Keith Christie, en una traducción muy fluida de Fernán González, libro que presenta un marcado desnivel entre un apoyo documental abundante y minucioso (25 páginas de bibliografía al final) al servicio de un enfoque muy tradicional y anecdótico de la violencia en el antiguo Caldas. Aquí también el tema de la colonización es marginal y sólo sirve de referencia para situar antecedentes. En un primer capítulo encontramos una visión rápida del proceso regional de la colonización y vuelven las conocidas referencias a los conflictos de los latifundios de Aranzazu, de Burila, y en los años treinta de Montenegro, La Tebaida y Quimbaya.

En estas últimas obras el autor se dedica al tema de la Violencia, pero resulta muy sintomático el hecho que algún capítulo de introducción histórica tenga que devolverse hacia los conflictos originados en la fase anterior de poblamiento y de colonización. Igualmente en todos estos textos encontramos una mención tan breve como inevitable de la compañía de Burila; no obstante, todavía estamos a la espera de un estudio completo sobre esta estafa de latifundistas-estadistas y el largo conflicto regional que generó durante cuarenta años.

Y, por fin, la Universidad Nacional publicó en 1988 *Colonización y protesta campesina en Colombia*, el libro que Catherine Legrand pudo extraer de esta voluminosa tesis de grado en inglés, de la cual unos privilegiados tenían en Bogotá un ejemplar, especie de incunable moderno. Después de una paciente labor de varios años en el Fondo de Baldíos del AHNC, ahora disponemos del valioso trabajo de la historiadora franco-norteamericana. Un libro-suma apoyado en cien años de documentos y estadísticas y en veinte páginas de bibliografía. Quizá por primera vez la colonización se considera a partir de tres tipos sociales de protagonistas, considerados desde sus intereses de clase y sus múltiples contradicciones entrecruzadas: el campesinado sin tierra, los empresarios territoriales, el Estado. La autora no solamente proporciona una visión territorialmente nacional (por primera vez) y completa de un proceso de cien años sino que además distingue y caracteriza distintos períodos. Al contrario de los demás autores, en las últimas páginas hace confluír un siglo de tensiones, litigios y controversias hacia su desenlace lógico: la guerra social agraria de los años 1948-1965. También hace el esfuerzo de transformar, por períodos y regiones, las adjudicaciones de baldíos en mapas, actitud poco corriente en el mundo de los historiadores, siempre muy parcos, en material gráfico. Y según la tradición historiográfica anglosajona usa una prolija bibliografía y trabaja con un abundante aparato de referencias al pie de cada página, lo que dificulta la lectura. Una crítica nuestra: quizá el texto hubiera merecido más cuidado en la traducción del manuscrito original. De todos modos nos queda claro que con este texto "se partió en dos" la historiografía de la colonización.

El *Manual de Historia de Colombia* de Colcultura, a pesar de sus tres tomos y 2.000 páginas, ignoraba por completo la colonización campesina. Sólo mereció una mención de tres

páginas por parte de S. Kalmanovitz. *La nueva historia de Colombia* (Planeta, 1988) corrige esta injusticia e incluye en su tomo 3 un capítulo de síntesis sobre la colonización, igualmente escrito por Catherine Legrand, quien con sus años de labores pacientes pasó del desmante a la posesión y se ganó la propiedad: definitivamente “se tituló y escrituró” el tema. De ahí en adelante será difícil decir colonización sin pensar Catherine Legrand.

Mientras tanto el arquitecto Néstor Tobón tuvo la suerte de ver publicados varios lujosos catálogos de fotografías, dedicados a la “arquitectura de la colonización antioqueña”; sucesivamente en Antioquia, Caldas, Qindío, Tolima y Valle. Trabajo de carácter meramente estético y gráfico que tiene el interés de establecer un archivo de las realizaciones más características y perdurables de la arquitectura de la madera en estas regiones. Ahora bien, el sistema de trabajo elegido por el autor:

- privilegia exageradamente las obras excepcionales, consideradas desde un enfoque favoreciendo el concepto de monumento histórico y de patrimonio cultural. En cada poblado se seleccionaron las casas de los más adinerados, los “vencedores” de la colonización.
- a partir de lo anterior, tiende a descartar la generalidad de una arquitectura doméstica residencial humilde, aquella de los vencidos. Siendo quizá el 90%, éstos desaparecen del escenario que nos presenta Néstor Tobón. En definitiva, el registro fotográfico por sí y aislado, sólo puede generar una visión engañada de la morfología arquitectónica de los pueblos de colonización. La excepción se considera como regla.
- finalmente, el autor no supo resistirse a los encantos de la policromía, hecho moderno que pertenece más al arte decorativo y cromático que a la arquitectura, pero sobre el cual la falta de precisión podría atribuirle una larga tradición histórica.

Al fin y al cabo, tenemos unos magníficos álbumes para la mesita de la sala y los invitados, de los cuales el título debería ser más bien Antología escogida de arquitectura suntuaria de la colonización antioqueña...

En estos mismos años, diversos trabajos regionales completaron el panorama y llenaron vacíos, multiplicándose los estudios de casos, zonas, regiones y enfoques: geográficos, demográficos, productivos, sociológicos, antropológicos. Además, bajo la presión de las metrópolis externas y de su necesidad de conservar intactas ciertas reservas para el futuro se multiplicaron las tendencias que ven en el colono el vándalo destructor de la naturaleza. Pero con estos trabajos, la década de los ochentas permitió medir en toda su magnitud social y territorial lo que fue la colonización de los baldíos de vertientes desde los primeros años de la República hasta los años 40-50.

Sin embargo, el ciclo colonizador interrumpido por sus propias contradicciones y una guerra agraria de más de veinte años, se reanudó a partir de los éxodos campo-campo de los años 46-65. Entonces se abrieron nuevos frentes en áreas aún vírgenes, Sierra Nevada, Urabá, Carare, Caquetá, Ariari-Guaviare, Guayabero, etc.

De estos procesos quedan registros en un estudio de Diego Giraldo Samper y Laureano Ladrón de Guevara, *Desarrollo y colonización, el caso colombiano*, 1981. Otra vez se trata del informe final de una investigación universitaria, apoyada en este caso por Ascofame, el CCRP y el Pispal. Desafortunadamente los cuatro casos tratados (Casanare, Urabá, Caquetá, Ariari-Guejar) se describen en un muy breve capítulo de 20 páginas.

También mira hacia el oriente, *Colonización, coca y guerrilla* de Jaime Eduardo Jaramillo, Leonidas Mora y Fernando Cubides, publicado en 1986. Resultado de una investigación financiada por el DNP, tiene un marcado carácter de informe oficial y las limitaciones que eso implica; no obstante, pensamos que el trabajo vale más que este desastroso título periodístico y sensacionalista que parece haber sido escogido por un embajador de los EE.UU. También en 1989 salió una publicación del Cinep (*Controversia* No. 151-152), dedicada a "Un país en construcción, poblamiento, problema agrario y conflicto social" en la cual se destaca el ensayo de José Jairo González: "Camino de Oriente: aspectos de la colonización contemporánea del oriente colombiano". Con este texto el autor aborda un tema más bien despreciado: la configuración espacial del territorio de colonización. Así pudimos verificar la persistencia de los modelos lineales de poblamiento y de construcción de los habitantes típicos y tradicionales en áreas de colonización. Bien sean dispersos o nucleados, en ambos casos muy determinados por las necesidades de las redes de relaciones. Finalmente, el tomo 3 de la *Nueva historia de Colombia* (Planeta, 1989) incluye un breve texto de síntesis de Myriam Jimeno: "Los procesos de colonización, siglo XX". En estas pocas páginas se logra precisar, aunque en forma muy lapidaria, ciertas condiciones históricas de la intervención del Estado y del clero de misiones en las políticas de colonización institucional.

Obviamente, Alfredo Molano ha leído esta prolija literatura de la colonización y seguramente más títulos que aquellos aquí mencionados. No obstante, adquirida la erudición, al parecer le quedaban interrogantes, ¿qué es un colono, de dónde llegó y por qué, cuándo fue y cómo? ¿Cómo vive y qué opina? Entonces, dejando libros y archivos, opiniones e interpretaciones, Molano salió en busca del colono, materia prima y fuente primaria del asunto.

Alfredo Molano agregaba el eslabón histórico faltante, prolongando hasta nuestros días la cadena que venía creciendo desde el siglo XIX, pero ahora en un escenario natural particular: la geografía de un pie de monte selvático en tierras calientes del Oriente, y una colonización lineal, fluvial a lo largo de los ríos Ariari, Guejar, Guaviare, Guayabero y Duda, los cuales envuelven el macizo de La Macarena.

Ahora bien, nos tocó entender por qué los autores distinguen entre reserva y serranía. En su recorrido de dos meses, nunca penetran en el macizo de La Macarena. No se suben a este gigantesco buque del cual descubrimos, maravillado y enmudado la proa algún día de 1967, desde la confluencia del Guejar con el Sanza y Quebradahonda. Efectivamente, dan la vuelta al inmenso barco con su lancha navegando entre las llanuras calientes del Guejar, bajando entre las sabanas que bordean el Ariari, después subiendo por el Guayabero hasta su confluencia con el río Duda. Pero sin nunca internarse en las abruptas vertientes de la serranía.

Allá llegó Alfredo Molano, cuyas metas, técnicas y resultados se apartan por completo de la producción anterior. Molano prosigue aquí una trayectoria de la cual conocimos varios pasos: *Los años del Tropel* (1985), *Selva adentro* (1987), *Siguiendo el corte* (1988) y, ahora, *La Macarena* (1989), cuatro libros en cuatro años, lo que habla por sí solo. En todos confluyen un tema, un momento y una técnica narrativa:

- La colonización moderna de tierras y las guerras campesinas.
- Las décadas de la llamada Violencia, con su prolongación hasta nuestros días.
- El testimonio oral de los protagonistas como materia prima de la historia.

Y también, una actitud: rescatar la dimensión humana de un acontecer. Lo hace con

marcada sensibilidad, un respeto y un gran cariño por sus personajes y, en general, por el campesinado cien veces derrotado que protagoniza la gesta.

Siguiendo estas obras se nota una progresión en el manejo que adquirió el autor de la técnica narrativa basada en el testimonio oral. En *Los años del Tropel*, compacto en 6 personajes, una gran cantidad de entrevistas. Obviamente, estas seis biografías recogen la materia superabundante de cien vidas. Cada personaje no se resiste a esta remodelación y a esta superconcentración; es excesivo en todo. Por lo demás, la reconstrucción de cada personaje-síntesis exige del autor una marcada intervención y una re-escritura, es decir, una reelaboración literaria del material grabado durante el diálogo de las entrevistas.

Según la cronología de las publicaciones, *Selva adentro* es el primer texto resultante de la encuesta de Molano en La Macarena. Ahí el autor, a partir de los relatos de los protagonistas, toma la palabra para reconstruir la historia de las colonias modernas del Oriente: Ariari, Guaviare y Guayabero. Y, finalmente, nos llega esta visión caleidoscópica de la colonización de La Macarena.

En su introducción, Darío Fajardo logra algo en nuestra opinión muy difícil: una síntesis sumamente compactada pero cuidadosamente balanceada y muy bien lograda, en la cual retoma y desarrolla varias ideas maestras:

- el ciclo de la colonización y sus fases sucesivas nacidas y entrelazadas a partir del juego de las contradicciones que se originan en cada etapa.
- el papel tradicional del Estado desde el siglo XIX como repartidor de baldíos y constructor de latifundios.
- el rol que cumple hoy la colonización para dejar intacta la estructura latifundista en el interior de la frontera agrícola, y el papel de idiota útil del Incora.
- el surgimiento de una conciencia y de una cultura de la colonización.

Pero tal como ocurrió en otros lugares y tiempos con otros cultivos muy codiciados, se enciende la conflagración cuando los desmontes auspician el auge de un producto de gran demanda externa: las plantas narcóticas, pues si toda colonización es conflictiva, lo es, proporcionalmente, a la especulación que suscita su producto-base, y a su nivel de demanda en los mercados exteriores. Y surgió en La Macarena una producción que dejaba atrás las divisas de las exportaciones cafeteras.

En *La Macarena*, Alfredo Molano nos suministra, según parece, una nueva utilización del material testimonial grabado durante las encuestas, privilegiando ahora a los protagonistas. Aquí hablan directamente y sin maquillaje literario visible; según parece, tal como salen los sonidos de la cajita negra. Al parecer, el escribano no quita ni agrega, no adultera, no cambia nada, ni argot, ni modismos; hasta tal punto que nos tiene que suministrar "un diccionario llanero", al final.

Curiosamente, el sociólogo Molano, sin pretenderlo, hace historia invadiendo los predios "titulados" a los abogados. Y como no pasó por la Facultad de Derecho, evitó esta aburridísima solemnidad del lenguaje academicista, combinando erudición y retórica que hace literariamente tan pesada y somnifera la historiografía colombiana. ¿Cómo lo logró? Sencillamente aceptando el cronista no ser escritor pero sí escribano; consignando y registrando. Así, Molano habla de cosas de hoy con palabras de hoy, y eso ya es mucha audacia. Pero hay más y es que el autor pretende dejar entrar un campesinado harapiento y analfabeta en los recintos sagrados de la historia. Y, el colmo del atrevimiento, se adelanta: escribe



la historia de hoy, aquella que sólo será historia mañana. Finalmente, sin el más mínimo respeto por las técnicas aceptadas, inclusive con cierta saldable insolencia provocadora frente a "la distancia" y "las fuentes documentales", echa por la borda esta sacralización de la "objetividad". Se tira de una vez en el controvertido trabajo con fuentes directas; la historia oral y testimonial, un tabú y un sacrilegio para los defensores del santuario.

Pero valía la pena la herejía. El producto en sí es magnífico, exuberante, lleno de sabiduría, de sabores y olores, desbordante de vitalidad y de optimismo. Inclusive, uno puede en algunas páginas recordar el lirismo que impregnaba ciertas obras de Gorky, de Marc Donskoy o de Flaherty. El mismo goce del autor cuando escribió se transmite al lector; contagiado uno, lee con gusto un libro visiblemente escrito sin ningún dolor pero sí con placer.

La visión es cotidiana y doméstica, casi trivial o populachera, opinarán unos; naturalista o impresionista, pragmática y empírica, dirán otros. Es la colonización ordinaria, día tras día, y su pulso con la sangre y el olor a sudor que eran ausentes en Parsons y Legrand. Individualizada la gesta, de esta fragmentación surge una totalidad. A partir de unas biografías individuales, Molano logra un gran fresco social y multitudinario a la manera de Rivera y Siqueiros. Con las luces y sombras de la vida de los colonos, cada protagonista se coloca en su sitio y resulta un gigantesco diorama de rostros maláricos y siluetas vencidas, moviéndose en la manigua con un heroísmo cotidiano e inconsciente. Sumando la sensibilidad al saber, Molano dio a la colonización algo que le faltaba: su dimensión humana y sus rostros.

Publicado por unos patrocinadores de investigaciones, en este caso el Fondo FEN y la Corporación Aracuaara, el producto editorial no carece de fallas. Cuando llamamos arriba los autores "y otros", es porque figuran tres nombres en la carátula exterior, cuatro en la carátula interior y cinco en el índice. Con eso el libro no se distingue por su unidad, como era de temer.

Hay aquí dos libros, incompatibles en nuestra opinión y que se estorban mutuamente. El primero debía iniciarse con la introducción histórica de Darío Fajardo y concluir con la última línea de Molano en la página 183. Era un bloque, una totalidad, no sobraba ni faltaba nada. El segundo, son tres fragmentos de un informe técnico de tipo geográfico sobre la región con igual número de autores. Una contradicción consiste en que los últimos presentan un informe de trabajo, mientras los primeros escriben literatura histórica y oral; una falla geológica abrupta, abismal "macarenal" separa los dos grupos. Esta indecisión ambigua se observa también en la carátula en donde se colocan dos títulos; con toda evidencia el que más le gustaba a unos autores y el que más le convenía a los patrocinadores.

Para colmo de males, a uno de los geógrafos no le gustaba el Guejar, tan hermoso como sus aguas sonoras y transparentes corriendo sobre el espejo mineral de las losas negras colocadas como gradas y paredes. De tal modo que uno de los científicos de la segunda parte del libro decidió suprimir de la geografía colombiana el Guejar en cuatro de los cinco mapas publicados. Se volvió Ariari, con lo cual éste ya no corre al oriente de San Juan de Arama, tal como lo vimos en varias oportunidades entre 1967 y 1970. En menos de veinte años, el caprichoso río se pasó al oeste de San Juan, de Vista Hermosa y de Piñalito. ¡Será que llegó el progreso!

